



EL DESTINO. El hijo del patrón, con gorra blanca, salvó la vida al quedarse en tierra por una fractura de dedo. / FOTOS: FERNANDO GÓMEZ

Celestino Sañudo, socio del 'Nuevo Pilín', sufrió un naufragio hace 5 años cuando pescaba con el patrón Elías José. Ayer se salvó por una lesión que le impidió embarcar

«No volveré a la mar»

MIGUEL PÉREZ SANTOÑA

Las tragedias de la mar dejan siempre historias a la deriva. A un electricista que espera en vano la llegada de un pesquero para ajustar el motor de arrastre de sus redes; a Miguel García, que se da de brúces con la desaparición de su amigo Agustín Fidel cuando llama a su móvil y lo encuentra apagado, a sabiendas de que un pescador embarcado nunca desconecta su teléfono salvo que se haya ido a pique; a cinco familias que convierten el mar en un crucifijo; a una tripulación con corazón de salitre y a un marinero que nunca más volverá a faenar.

Celestino Sañudo se llama este último. «No vuelvo a salir. Le pueden dar mucho por culo a la mar». Tiene 31 años y un drama en su historia que le decide a echar anclas a uno de los pocos futuros posibles en un pueblo pesquero. Hasta ayer comandaba con Elías José Gallego

el destino del 'Nuevo Pilín', el barco naufragado cuando regresaba a su base en Santoña. Buena gente. «Muy experta». De esa que lleva agua salada en las venas. Elías le enseñó el oficio de adolescente. Los secretos del aparejo, los hábitos de los peces y la forma de zafarse de las olas salvajes en Irlanda o la Costa de la Muerte. Una camaradería de las que impelen a una persona a clamar un angustioso «yo tenía que haber ido con ellos» cuando ya sabe que eso es la muerte certa.

Pero no. Celestino se vio obligado a quedarse en tierra a causa de un desgarro en una pierna que le mantuvo de baja hasta el jueves.

—Cogemos víveres para dos días, le había informado Elías en la tarde del miércoles, antes de partir:

—¿Por qué no esperas un día más y voy con vosotros?

—No, lo que tienes que hacer es quedarte en tierra y recuperarte.

La última conversación de am-



DURA ESPERA. El cuerpo de un marinero llega al muelle de Santoña.

Tres viajes por culpa de un motor de arrastre

M. P. SANTOÑA

La fatalidad sorprendió al 'Nuevo Pilín' cuando regresaba de aguas francesas con más de cuatrocientos kilos de rape en sus bodegas. No era «una mala cantidad» y su captura tampoco había sido sencilla. Al parecer, la tripulación largó las redes durante el fin de semana pasado en una zona situada a siete horas de travesía del puerto cántabro. En esta

modalidad, las mallas quedan depositadas en el fondo y se espera a que el pescado quede atrapado.

Sin embargo, a la hora de izar la red, no consiguieron que el motor de arrastre, nuevo y recién instalado, funcionara correctamente, lo que les obligó a regresar a Santoña. «No era un problema grave. Estuvimos haciendo unas modificaciones y marcharon de nuevo». Sin embargo, el

«Yo aprendí del patrón. Era muy bueno y me queda su memoria»

«Si ha llegado el momento en que la mar debe tocarte, te toca»

bos tuvo toda la intrascendencia propia de los hombres abarreados de por vida a un puerto. Se conocen los riesgos, pero se evita el espectáculo. Es mejor salir de casa y punto. Hasta pasado mañana.

«Yo aprendí de Elías», recuerda Celestino. «Era muy bueno y me queda su memoria, aunque no me sirve de consuelo. Es la segunda vez que me salvo. No saldré más».

«Miedo» a trabajar

En efecto, la tripulación del 'Nuevo Pilín' ya había afrontado hace cinco años un accidente similar, cuando su anterior buque —el predecesor del hundido ayer— se fue a pique cuando regresaba de faenar bonito. Entonces pudieron echar las balsas y salvarse. «Por qué se vuelve a la mar después de un accidente así? Porque no sabemos de otra cosa», resumía ayer un pescador, amigo de José Ramón Pérez (uno de los dos marineros fallecidos), con el que solía compartir desayunos en el bar de la lonja en ese instante mágico previo a la arrancada marcado por el olor de los motores diésel. «Aquí todos nos conocemos y nos llevamos bien. José era muy buen profesional. Como los demás. Algo muy repentino ha tenido que sorprenderles para morir así».

Valientes los quiere la mar, reza una vieja sentencia marinera. Los marinos del 'Nuevo Pilín' no eran temerarios, pero sí valientes. Lo suficiente como para regresar al vientre de la bestia. Valientes los quiere la mar y no le importa esperar. El Cantábrico aguardó pacientemente a recuperar el barco que era suyo. «¿Miedo? Sí, da miedo salir a trabajar después de un suceso así, pero hay que ganar dinero», enfatiza José Ángel Celaya, de 33 años, quien permaneció año y medio enrolado en el 'Nuevo Pilín'.

«Había muy buen ambiente a bordo», explica Celaya. «La semana pasada hablé con Elías. Estaban muy ilusionados por ir a pescar rápe. El chicharro estaba muy barato y había que salir a por otras cosas». ¿Qué cree que les sucedió? «No sé, no era gente que se arriesgara, pero la mar; si llega el momento en que debe tocarte, te toca».

lunes volvieron, ya que «había que hacer otros ajustes en el sistema de guías de la red», señala un técnico que trabajó en la reparación y al que el patrón Elías José se había comprometido a llamar ayer para terminar de afinar el equipo. «Su inquietud era que habían largado las redes una semana antes y, a los nueve días, se corría el riesgo de que la mitad del pescado atrapado comenzara a pudrirse. Por eso tenían muchas ganas de marchar. Me enteré del naufragio a las ocho de la mañana. ¿Y sabe? Ya había preparado la caja de herramientas para ir al barco».